Periodista paranormal□□

Alejandra Abraham□□

Capítulo 1

Capítulo1: Entre cenizas

Matías se había recibido de periodista hacía unas pocas semanas y durante el último año había estado trabajando como pasante para una revista local bastante conocida. El sueldo era bajo, pero la promesa de que se lo duplicarían si llegaba a quedar efectivo lo había llevado a tener que despedirse casi por completo de su tiempo libre y escasa vida social.

El plazo del contrato que él y cuatro jóvenes más habían firmado cuando estaban por finalizar su último año de carrera estaba a punto de terminar. Matías era consciente de que quizás solo uno de ellos tendría la posibilidad de renovarlo.

Había estado fantaseando durante toda la semana con una felicitación por parte de su jefa y un merecido reconocimiento por haber estado trabajando más duro que sus otros compañeros. Él cumplía con esmero todo lo que le pedían. A pesar de que no le correspondía, preparaba café, atendía llamadas y redactaba notas que ni siquiera figuraban con su nombre.

Ese día, Matías estaba corrigiendo la mala redacción de un renombrado periodista cuando todos los pasantes fueron convocados a la oficina de Viviana Guzardo, jefa de redacción.

No era el único que intentaba disimular su nerviosismo. Una de sus compañeras había comenzado a raspar el esmalte saltado de sus uñas y otro de los periodistas se mordía el labio con el ceño ligeramente fruncido.

Los cinco parecían petrificados tras la puerta cerrada de la oficina, donde posiblemente se daría a conocer el nombre del afortunado que conservaría su empleo con el consecuente despido de los demás.

Matías quería independizarse. Deseaba poder mudarse de la casa de sus padres, donde vivía con sus tres perros y sus dos hermanos menores. Para lograrlo, era necesario ganar un sueldo suficiente con el cual poder costear sus gastos personales y pagar un alquiler.

Como nadie parecía reaccionar, Matías se armó de valor y golpeó tres veces la puerta de madera. Un instante después, Guzardo, con su voz grave de fumadora, les indicó que podían entrar.

—Los cité a todos acá, para agradecerles por haber trabajado con nosotros. Quisiera pedirles a Matías y a Gastón que se queden un momento. Los demás pueden pasar por tesorería para retirar el cheque

por los días que trabajaron este mes. Para todos habrá una carta de recomendación ya que han tenido un excelente desempeño —dijo sin rodeos la mujer de mediana edad detrás de un escritorio cubierto con papeles desordenados.

Matías no pudo evitar sonreír ante la idea de que lo hubiesen escogido para el puesto e intentaba elaborar en su mente las palabras adecuadas para agradecer la oportunidad que le brindaban.

Después de que sus compañeros se retiraron, ella les explicó que podían continuar con la pasantía durante dos meses más y que, quizás, alguno de ellos podría efectivizar su puesto en cuanto regresaran de los destinos que les serían asignados si aceptaban.

La sonrisa de Matías se esfumó en ese mismo instante. Conservar su empleo en las mismas condiciones que antes durante un par de meses más significaba solo una victoria a medias. Seguirían cobrando la mitad de un sueldo normal y tan solo pospondrían un poco más la tensión de no saber qué les depararía su situación laboral cuando terminara ese lapso de tiempo.

—Necesito dos cronistas para el verano. Uno va a ir a la costa y otro a la Cordillera en busca de notas de interés público —dijo la jefa de redacción observando primero a Gastón y luego a Matías—. Serán acompañados por un fotógrafo pasante.

Tras una pausa continuó:

—Gastón, te sugiero elegir la costa. Con tus ojos azules y la piel bronceada no va a ser difícil que consigas notas en Mar del Plata. Matías, podés ir a Caviahue-Copahue. Allí hace frío todo el año, incluso en enero, por lo tanto, vas a tener que llevar abrigo. Pueden redactar todo tipo de notas e incluso es posible que algunas se publiquen firmadas con sus nombres en la próxima edición.

Ambos querían conservar su empleo y por eso ninguno de los dos se atrevió a mencionar lo incómodo que resultaba tener que realizar un viaje imprevisto. Habían pasado la primera prueba al aceptar con sumisión cumplir la voluntad de los poderosos. A pesar de todo, Matías optó por intentar relajarse. Centró sus pensamientos en las ventajas de un viaje gratis, en sus primeras notas firmadas y en las cosas que podría comprar si le duplicaban el sueldo.

Esa noche, mientras iba en el colectivo que lo llevaba a su casa, buscó en Google desde su celular y encontró algunas imágenes del lugar que le habían asignado. Se trataba de un municipio del departamento de Ñorquín, situado al noroeste de la provincia de Neuquén, que tenía poquísimos habitantes y un paisaje precioso. Estaba construido en torno a

un volcán activo, rodeado de lagos, bosques y montañas. Reflexionó con preocupación que a menos que el volcán entrase en actividad, tenía muy pocas posibilidades de redactar noticias relevantes.

No podía negar que la idea de viajar y de conocer las montañas lo emocionaba un poco. Se preguntó si podría conocer la nieve en esa época del año. En Capital no nevaba y si alguna vez había ido de vacaciones a las montañas, fue cuando era demasiado pequeño como para recordarlo.

Su madre lo ayudó a armar la valija, sin dejar de despotricar contra su trabajo explotador y de recriminarle que lo mejor sería que buscase alguno mejor. En el fondo, sabía que tenía razón, pero su pequeño sueldo le había permitido darse lujos que nunca antes se había podido costear y conocer el mundo era un sueño que hasta ese momento ignoraba poseer.

El día de la partida llegó junto con una tormenta de verano y Matías se preguntó si el vuelo se retrasaría a causa del mal tiempo. Afortunadamente no fue así.

Le habían dado un presupuesto ajustado para que pudiese gastar por día, por lo que desistió de la idea de tomar un café mientras aguardaba en el aeropuerto. También le habían dado los pasajes de ida y vuelta y la dirección del hotel en donde se hospedaría y comería tres comidas al día.

La idea de viajar en avión por primera vez lo ponía un poco nervioso. Lamentaba que el fotógrafo pasante, que compartiría habitación con él y con quien cubriría las notas, no pudiese llegar hasta el día siguiente.

Después de un primer momento aterrador cuando el avión despegó, el viaje no fue tan malo e incluso resultó ser una experiencia interesante. Se entretuvo observando por la ventanilla y luego garabateando en su agenda algunas posibles preguntas para hacerles a los lugareños. El vuelo lo llevó hasta Neuquén, en donde abordó un micro que lo alcanzaría hasta su destino.

Matías estaba absolutamente fascinado con los paisajes que veía, sin embargo su fascinación se transformó en depresión al darse cuenta de que no podría conseguir notas de interés público que no tuviesen que ver con turismo o gastronomía local. Ese tipo de cosas no eran suficientes para mantener su empleo. Con un poco de envidia, pensó en las buenas entrevistas que podía conseguir Gastón con personajes del momento. Los actores y empresarios teatrales necesitaban de la prensa para promocionar sus espectáculos.

Mientras el micro avanzaba, creyó ver nieve en las laderas de las montañas. Pero a medida que ascendían por un sinuoso camino de tierra, percibió que se trataba de cenizas volcánicas que se elevaban arremolinadas como fantasmas que danzaban abrazadas por el viento

andino. En medio de ese paisaje mágico, una idea descabellada y carente de ética se le presentó súbitamente. ¿Cómo respondería la gente si él sembraba la noticia que necesitaba?

A su izquierda, se encontraba sentada una mujer mayor que tejía una bufanda con un ganchillo. Fue entonces cuando comenzó con su plan.

—Disculpe que la moleste, señora. Soy periodista de Buenos Aires y me enviaron a cubrir la nota sobre la criatura que se ha visto cerca del volcán Copahue. ¿Podría hacerle algunas preguntas? ¿Usted es de la zona o es turista? —preguntó preparando su libreta para anotar.

—Sí. Soy de Caviahue. Me llamo Rosalía Morales. Tengo un almacén a unas cuadras del lago. Estuve en Neuquén por una semana visitando a mi hijo. Preguntame lo que quieras saber, querido.

Matías hizo un esfuerzo sobrehumano por disimular su sonrisa. Rosalía parecía ser el tipo de persona que se prestaba para la clase de notas que él necesitaba generar.

—Seguramente habrá escuchado que unos turistas vieron un extraño ser humanoide o algo así. Además, hubo informes sobre la desaparición de algunos animales domésticos y escuché que por las noches hay sonidos extraños que vienen del monte.

Un señor con barba descuidada que estaba sentado en el asiento de adelante se incorporó y giró hacia Matías interrumpiendo la conversación.

—Mi gato desapareció hace menos de un mes y él nunca salió más allá del patio de casa. Es verdad que por las noches se escuchan cosas —dijo con el semblante completamente serio.

Matías lo observó por unos segundos para asegurarse de que no se trataba de una broma, pero el hombre parecía honesto y mantenía el ceño levemente fruncido.

—¿Me podría decir su nombre? y si es posible, dónde ubicarlo para poder hacerle una entrevista. Además, me gustaría que tengan mi número para que me avisen sobre cualquier cosa que vean o si alguien les cuenta algo con respecto a la criatura. Voy a estar hospedado en el Hotel Ruca.

Durante el viaje intercambió datos con las personas que se encontraban a su alrededor. Todo el mundo buscaba salir del anonimato y nada mejor que un periodista de Capital para conseguirlo. Pensó que la semilla que acababa de sembrar estaría germinando para cuando el fotógrafo llegase al día siguiente. Nadie sospecharía que se trataba de una jugada astuta y poco honesta de su parte. No podía competir con el físico perfecto y los ojos color cielo de Gastón, pero, si tenía suerte, su humanoide asesino de

animales vencería a su competidor.

Al llegar a Caviahue se dio cuenta de que se había convertido en una celebridad. Muchas personas lo saludaron, incluso algunas con las que no había hablado. Todos en el micro habían escuchado la conversación y podía estar casi seguro de que expandirían el rumor.

Aprovechó su primer día en el lugar para conocer la Cascada del Río Agrio y conversar con algunos lugareños y turistas. Una pareja que estaba de luna de miel le sugirió que quizás los mapuches podrían saber algo sobre aquella criatura de la cual se estaba hablando en el pueblo. Lo más sorprendente fue que ellos lo habían buscado a él para darle el consejo y sabían quién era.

Al día siguiente, mientras estaba escribiendo en su notebook un pequeño reportaje que le había hecho a uno de los habitantes de la villa, llegó el fotógrafo pasante.

—¡Es buenísimo que nos hayan asignado aquí! Me dijeron que hay un monstruo o algo así. Se ve que Viviana sabe dónde hay notas taquilleras —dijo sin saludar ni presentarse, tirando la valija sobre una de las camas —. Perdón, yo soy Rodrigo y vos tenés que ser Matías —agregó soltando una carcajada contagiosa.

Matías le comentó que ya tenía la primera nota escrita y que después de enviarla por e-mail podrían ir a comer. Le propuso que más tarde salieran a capturar imágenes e información al monte o a la Reserva Mapuche. Obviamente, no mencionó que había sido él mismo quien comenzó los rumores y que por eso tenían la primicia.

Dos hombres interrumpieron su almuerzo súbitamente. Querían llevarlos a ver indicios de la criatura. Los jóvenes inmediatamente se pusieron de pie y los siguieron hasta una camioneta polvorienta. Los cuatro viajaron a través de un angosto camino de cornisa y llegaron hasta un páramo soleado donde solamente había una cabra sin cabeza a la que Rodrigo inmortalizó en numerosas fotos. Mientras tanto, Matías entrevistó a los lugareños que la habían encontrado, quienes dieron sus hipótesis acerca de la criatura a la que habían comenzado a llamar Compallhue. Estaba completamente emocionado, el pequeño monstruo inventado ya había adquirido un nombre.

Poco después de enviar una segunda nota con las fotos, llegó una felicitación para ambos y la notificación de que finalmente su trabajo aparecería publicado y firmado por él en la edición de esa semana.

En el hall del hotel, el gerente les comunicó que alguien les había dejado un mensaje para que fueran lo antes posible a la cascada.

Inmediatamente se pusieron en marcha.

Matías pensó que las fotografías del paisaje del arroyo que recorría un camino con piedras violáceas y amarillas hubiese sido meritorio de una publicación, pero ellos no habían sido convocados a ese lugar para eso. Dos hombres se encontraban en cuclillas detrás de un tronco. Les hicieron señales para que se acercaran sin hacer ruido y miraran a lo alto del volcán.

Matías no podía dar mérito a lo que veían sus ojos. En lo alto del cerro, cubierto por la niebla, un ser casi humano, con pálido pelaje que cubría todo su cuerpo, los observaba desde lejos. Rodrigo comenzó a fotografiarlo. Se quedaron extasiados mirando a la magnífica criatura hasta que la niebla la hizo invisible.

Todos se quedaron en silencio, mirándose unos a otros entre fascinados y atónitos.

Matías nunca supo explicar la extraña aparición de la criatura a la que todos conocerían como Compallhue. Quizás su deseo de encontrar una noticia como esa había generado a ese ser o tal vez se trataba de algún plan de los lugareños para atraer al turismo. Pero de lo que sí estaba convencido era de que su trabajo y el de su compañero estarían asegurados.

Capítulo 2

Capítulo 2: La dama de blanco

El bar estaba casi lleno y el sonido de la música convertía las conversaciones en meros murmullos. Matías tardó algunos minutos en encontrar a Rodrigo con la mirada. El regordete fotógrafo se había levantado de su asiento y lo saludaba con la mano en alto.

Sonrió y se dirigió a la mesa donde estaban sus compañeros que también habían estado trabajando como pasantes. De una decena de estudiantes y jóvenes recién recibidos, ellos cuatro eran los únicos que habían sido efectivizados como periodistas o fotógrafos. Los demás no habían tenido tanta suerte y habían perdido sus empleos.

En ese momento a Matías no le preocupaba demasiado la suerte de los demás. Estaba muy feliz por sus logros. Consideraba que si ellos cuatro habían sido seleccionados era porque realmente eran mejores que el resto. No es que fuese arrogante o presumido, pero se había esforzado mucho en buscar noticias en los sitios a los que lo enviaban. Había encontrado o por lo menos sembrado los hechos sobre los que necesitaba escribir. Sus crónicas, respaldadas por las fotografías de Rodrigo, rozaban lo fantástico y se habían convertido en un éxito. Incluso su jefa les había permitido llevar su propia columna sobre fenómenos inusuales. Partiría en un par de días junto a Rodrigo a cubrir notas cerca de las Cataratas y esperaba contar con la misma suerte que habían tenido hasta ahora.

Se sentó junto al fotógrafo y saludó a Gastón y a Florencia, quienes estaban del otro lado de la mesa. Ahora que los cuatro tenían un trabajo estable, Gastón había dejado de representar una amenaza para Matías y la relación entre ellos era mucho más distendida.

Hacía solo un mes Gastón había sido asignado como cronista en la costa mientras que el destino de Matías fue un pueblo olvidado en medio de la cordillera. Todo el mundo sabe que para la prensa es mucho más rentable la playa que las montañas. Si no hubiese sido porque Matías tuvo la fortuna de toparse con el Compallhue, aquel extraño monstruo del volcán, en lugar de estar celebrando en aquel bar de Recoleta, estaría intentando conseguir un nuevo empleo.

Una camarera pelirroja por elección les preguntó qué iban a pedir y optaron por una jarra de cerveza para compartir. Los precios eran bastante altos, pero ahora que tenía la seguridad de un sueldo fijo, decidió que podía permitirse algunos lujos de vez en cuando.

Matías le regaló una sonrisa a la camarera. Ella, ignorando sus intentos de coqueteo, le lanzó una mirada seductora a Gastón y se perdió de vista en

medio de un montón de gente que se movía guiada por la música.

Pasaron la siguiente hora conversando de nimiedades y compartiendo algunos tragos. En un momento de la noche, Rodrigo sacó su cámara digital para enseñarles una imagen que había capturado. En la pantalla se podía observar una fotografía que había tomado poco antes de entrar al bar. Se apreciaba en sepia la silueta de una joven de pie frente al antiguo cementerio. Florencia, que tenía el ojo entrenado en ese arte, le hizo algunos cumplidos por el juego de luces y sombras. Rodrigo intentó convencerlos de que se trataba de la mismísima Dama de Blanco, pero todos terminaron riendo, incluso él.

Aunque la fotografía de Rodrigo había despertado más risas que miedo, Matías no pudo evitar sobresaltarse cuando alguien apoyó la mano sobre su hombro. Giró sobre el asiento y su mirada se encontró con los castaños y encantadores ojos de una joven. Era preciosa. Tenía el cabello rubio y largo, algo que la hacía parecer una sirena recién salida del agua. Le sonreía con los labios rosados en forma de corazón.

Antes de que Matías pudiera reaccionar, la joven habló con una voz dulce y tímida.

—Disculpen. No pude evitar escuchar su conversación. ¿Son periodistas?

Todos en la mesa repararon en ella. Un leve rubor cubrió sus mejillas y retiró su mano del hombro de Matías. Él se apresuró a responder antes que los demás, pues era consciente de que cuando de chicas se trataba, no podía competir con Gastón, su cuerpo de atleta y su rostro de galán de telenovela.

—No, quiero decir sí. Gastón y yo somos periodistas, Florencia y Rodrigo son fotógrafos.

Sintió cómo sus palabras salían algo torpes de sus labios. Parecía haber pasado una eternidad desde la última vez que había hablado con una muchacha guapa. El último año había estado tan compenetrado en conseguir efectivizar su puesto que aquella noche era la primera vez que salía en mucho tiempo.

—¡Qué interesante! Nunca había conocido a nadie que trabajase en los medios. No quiero parecer metida, pero escuché que estaban hablando sobre la Dama de Blanco. Soy de la zona y escuché varias historias que circulan sobre ella y el cementerio. Si quieren, puedo contarles, mientras espero a que me devuelvan a mi amiga —dijo señalando con la mirada a una pareja que se besaba con pasión en un rincón apartado.

—¡Sería genial! Sentate, si querés. Te invito un trago. Soy Matías, por cierto —se apresuró a añadir el joven periodista tomando una silla de la

mesa contigua.

—¡Gracias, Matías! Me dicen Ru —. Mientras tomaba asiento le dedicó una sonrisa capaz de derretir glaciares enteros.

El joven se sentía en la gloria por haber monopolizado la atención de Ru. Ella realmente conocía bien la historia de la Dama de Blanco y, aunque solo parecía estar interesada en hablar con Matías, todos escucharon sus relatos.

Ru contó diferentes versiones de la leyenda que había circulado durante siglos en torno a la misteriosa dama, pero todas concluían más o menos de la misma manera. Una preciosa joven vestida de blanco se acerca a un joven solitario con quien pasa la noche bailando y tomando algunos tragos. El galán le ofrece su abrigo para que no tenga frío. Luego, la acompaña hasta su casa y ella promete devolverle el saco al día siguiente. Cuando el enamorado vuelve a la casa de la joven, la madre de ella le explica que su hija falleció hace tiempo y que está enterrada en el cementerio, en la bóveda familiar. El joven corre al panteón desesperado y allí encuentra colgado su saco.

—Está buenísimo todo lo que nos contaste — dijo Matías mirando a Ru con fascinación —. Después dejame tu número por si necesito repasar algún detalle de la Dama de Blanco cuando esté escribiendo la nota.

—Dale, después te lo doy. ¿No me pedís un fernet mientras voy al baño?—. Antes de levantarse de su asiento, Ru recorrió sensualmente la pierna de Matías con la yema de los dedos.

El joven asintió intentando disimular la sorpresa. La observó alejarse durante algunos segundos. El cabello le llegaba casi hasta sus caderas y se agitaba con cada paso que daba.

Matías estaba seguro de que aquella caricia había sido una insinuación y no pensaba desaprovechar la oportunidad. Después de lo que consideró el tiempo suficiente, se levantó con la excusa de ir a la barra e ignorando los comentarios irónicos de Rodrigo, se dirigió hacia la puerta del baño de mujeres. Esperó allí algunos minutos, varias chicas entraron y salieron, pero no había ninguna señal de Ru.

El periodista estaba debatiéndose internamente sobre si debía llamar o no a la joven en voz alta, pues habiendo tanta gente, había descartado la idea de entrar. Por fortuna, en ese momento distinguió a la amiga de Ru, la que había estado en plan romántico en la esquina del bar casi toda la noche, saliendo del baño.

—Hola. ¿Le podrías decir a Ru que la estoy esperando? —le pidió Matías,

intentando no sonar muy desesperado.

—¿A quién? —respondió ella mientras alzaba una ceja.

—A la chica que vino con vos, la rubia con pelo largo —aclaró intuyendo que "Ru" no podía ser un nombre de verdad.

La joven lo observó perpleja por una fracción de segundo antes de hablar.

—No sé de qué hablás, flaco. Yo vine con mi novio —dijo y se fue caminando rápido aunque miró hacia atrás para comprobar que él no la siguiese.

Matías regresó a la mesa en donde estaban bebiendo sus compañeros y se dejó caer decepcionado en su asiento.

—¿Qué pasó? —preguntó Florencia intuyendo que algo no había ido bien.

—No sé, no estaba —agregó con sequedad Matías, olvidando por completo la tonta excusa que había dado. No tenía sentido insistir con la mentira de haber ido a la barra.

Se sintió cansado de repente y sin ganas de hablar acerca de cómo lo habían dejado plantado. Le dejó a Rodrigo dinero para que pagara lo que Ru y él habían consumido. Saludó sin ganas a los demás y salió hacia el fresco aire nocturno.

Pensó que lo más conveniente a esa hora sería llamar un Uber, por lo que llevó la mano al bolsillo de su campera para buscar su celular. No estaba allí. Maldijo por lo bajo preguntándose para qué necesitaría un fantasma un celular en el más allá.

Capítulo 3

Capítlo 3: Portales cósmicos

Matías se aferró a su asiento. Era la tercera vez que se subía a un avión, pero aún no lograba acostumbrarse al despegue. Observó por la ventanilla y vio que los objetos parecían desplazarse a toda velocidad. Se sintió oprimido contra el respaldo y cerró los ojos por un instante. Al abrirlos se dio cuenta de que estaban volando.

Se relajó un poco una vez que ganaron altura y el aeropuerto se tornó lejano. El periodista envidiaba la capacidad de relajación que tenía Rodrigo. El fotógrafo se había quedado dormido apenas habían tomado asiento y ahora roncaba a su lado.

Aunque el vuelo a Misiones no era demasiado largo, lamentó no haber tenido el tiempo para reemplazar el celular que le habían robado hacía unos pocos días. Cuando le ganó el aburrimiento, sacó la libreta que siempre llevaba consigo y se puso a dibujar.

Nunca había sido un asiduo dibujante, pero su mano guiaba la lapicera como si supiera lo que hacía. Una vez que terminó, contempló el producto con orgullo. No era ninguna obra de arte, pero para alguien que llevaba años sin dibujar, resultaba satisfactorio.

El retrato en tinta de aquella misteriosa mujer que había desaparecido y posiblemente se había robado su celular sonreía con malicia desde el centro de la hoja. Matías cerró su libreta y la guardó en el bolsillo de su campera de jean. Era mejor que Rodrigo no lo viese. Aunque el fotógrafo había sido testigo de cómo lo habían dejado plantado, Matías no había mencionado la pérdida de su teléfono. Para conservar su orgullo, había dicho que lo había vendido para comprar uno mejor y le estarían entregando el nuevo equipo en unos días.

Una vez en el aeropuerto, Rodrigo rentó un auto. Matías aprovechó el viaje hacia el hotel para apreciar el hermoso paisaje. La vegetación era exuberante y entre los diferentes estratos de la selva se veían pájaros increíbles. Llegó a distinguir un tucán cuyos colores contrastaban con las distintas tonalidades de verde. Momentos como ese lo hacían amar su trabajo, ya que era como estar de vacaciones.

Se registraron en una pensión que estaba enfrente de un lujoso hotel. La habitación era pequeña y sencilla. En el baño había hormigas que tenían el tamaño de la uña de un pulgar. Debían haber entrado ahí por una ventanita que permanecía entornada frente a la ducha. Matías esperaba no toparse con ningún otro tipo de insecto gigante, especialmente en el

lugar donde pasaría las siguientes noches.

No se demoraron demasiado dentro de la habitación. Poco tiempo después se dirigieron al hotel internacional en donde se suponía que iban a encontrarse con un reconocido investigador paranormal.

En Buenos Aires, cuando él se enteró de que la estrella del canal de historia iba a llegar al país, había movido cielo y tierra para poder pactar una nota. El joven periodista se sentía bastante identificado con aquel experto en ufología y esperaba algún día llegar a ser tan famoso como él.

No pudo evitar sentir cómo la decepción se apoderaba de su ser, cuando la recepcionista les comunicó que la reserva había sido cancelada por un contratiempo inesperado. Matías y Rodrigo compartieron la misma mirada sombría. Habían invertido muchísimo tiempo para convencer a su jefa de que era muy importante hacer un viaje a Misiones para conseguir el testimonio del investigador paranormal más famoso del momento. Si no conseguían hacer una nota que justificara la inversión económica que había hecho la revista, se jugarían sus empleos.

Afortunadamente no tuvieron que esforzarse demasiado para encontrar un evento relevante que estuviese a la altura de la frustrada entrevista. Apenas salieron del hotel, dos señores mayores se dirigieron hacia ellos y fue como si el universo moviera los hilos del destino a su favor.

A partir de ese momento, una serie de eventos se fueron desarrollando para que pudieran conseguir una nota tan buena o mejor que la que habían ido a buscar.

—Disculpen las molestias —dijo el más alto de los hombres quitándose la gorra y dejando al descubierto una calvicie incipiente—. ¿Son ustedes los enviados del canal de historia?

Guiado por un impulso y sin saber muy bien por qué lo hacía, Matías mintió.

—Sí —dijo y esquivó la mirada de sorpresa de Rodrigo.

—¡Excelente! Mi nombre es Luis y mi compañero se llama Diego, pero le dicen "el Mudo". Quedó tan impresionado la primera vez que abrimos las puertas cósmicas que no volvió a hablar el pobre. ¿Están seguros de que quieren hacerlo hoy? Si no lo hacemos esta noche, vamos a tener que esperar otras tres lunas llenas para hacerlo.

Luis les dedicó una mirada muy seria mientras el Mudo asentía en silencio.

—Sí. Por supuesto, estamos preparados para enfrentarnos a eso —esta vez fue Rodrigo el que habló.

Matías se relajó un poco. Quizá pudieran seguirle la corriente a aquellos hombres y apropiarse de la nota que tenía planeado el programa de ufología. Con un poco de suerte no serían descubiertos y podrían conservar sus empleos después de todo.

—Disculpe mi atrevimiento, señor, pero por lo que nos dijo su asistente por teléfono, imaginé que me encontraría con alguien de más edad.

Palideció. Se sentía descubierto, no solo estaba claro que no era un investigador de cuarenta y tantos años, sino que su acento delataba que era argentino. Intentó parecer despreocupado e improvisó:

—Me disculpo en nombre de la producción del canal. Se suponía que iban a avisar que surgieron algunos imprevistos y el equipo no pudo llegar. Sin embargo, sabiendo que los fenómenos astronómicos eran propicios para la apertura de los portales, optaron por asignarnos a nosotros, sus corresponsales de Argentina.

No pasaron más que unos pocos segundos en los que Matías contuvo la respiración esperando a que Luis dijese algo. Afortunadamente, creyeron su historia.

—Bien, bien. Es bueno que los jóvenes se interesen por temas serios como estos —dijo dándole una palmada en el hombro al periodista.

El Mudo hizo unas señas que Matías no comprendió y luego Luis lo tradujo para ellos:

—Si les parece bien, deberíamos ir yendo. Lo mejor es empezar el ritual al anochecer, cuando apenas se hace visible la luna llena. ¿Tienen auto?

—Claro, la producción nos dio uno —contestó Rodrigo. Se notaba que estaba nervioso y Matías pensó que sus frases resultaban algo sobreactuadas.

—¡No se preocupe, mi hijito! No es más que un portal de comunicación con los habitantes de otros planos de existencia. No le harán daño, aunque debo admitir que puede ser una experiencia fuerte para quien lo hace por primera vez.

Luis había interpretado el nerviosismo de Rodrigo como miedo o quizá Matías había interpretado el temor como nervios por fingir ser quienes no eran.

La conversación no se demoró mucho. Luis les dijo que era chamán y que dirigía a un pequeño grupo de personas para que encontraran su camino psíquico-espiritual. El Mudo era el hermano de Luis y había sido dotado con el poder de curar a la gente. Solo tenía que tocar a la persona con sus manos y el dolor se aliviaba.

Matías y Rodrigo dieron nombres falsos e intentaron no brindar demasiada información sobre ellos, ya fuese real o inventada. Luego subieron a su vehículo y siguieron al auto del chamán cuyo caño de escape iba tirando una nube de humo gris a medida que avanzaba.

El paisaje era precioso, pero había muchísima pobreza y cada vez que se detenían ante un semáforo o una señal de tránsito, grupos de niños humildes que no superaban los doce años, se acercaban a ellos vendiendo piedras semipreciosas o pidiendo monedas. Cuando llegaron a la humilde casa de Luis, Matías había adquirido una colección de piedras para regalarles a sus padres, a sus hermanos e incluso había comprado unos pequeños árboles de la vida hechos en piedra y alambre para Florencia y Gastón, sus compañeros de trabajo.

La diferencia de temperatura que había entre el interior del coche con aire acondicionado y el sofocante calor exterior hizo que Matías se mareara un poco al bajar. Siguieron al chamán por un pequeño sendero en la selva. Lamentablemente no se habían colocado repelente y al llegar a la vivienda estaban cubiertos de picaduras de mosquitos.

La cabaña de Luis consistía en cuatro paredes de madera con un techo de chapa. En el interior estaban esperando una decena de personas de diferentes edades. Todos se presentaron con mucho entusiasmo y Rodrigo les tomó algunas fotografías. Luis dijo que no había problemas y que podían filmar o sacar fotos hasta que el ritual comenzara. Una vez que se abrieran los portales cósmicos, tendrían que ser respetuosos con los habitantes de otros planos y no podrían usar ningún tipo de cámara.

Se sentaron en círculo con las piernas cruzadas y Luis comenzó a decir algunas palabras en una lengua que Matías supuso que era guaraní, aunque no estaba del todo seguro. Una anciana les sirvió una taza de té a todos los presentes mientras Luis con los ojos en blanco seguía hablando. La taza de Matías consistía en un envase de yogurt que había sido lavado. El té artesanal estaba bastante bueno, aunque él lo hubiese preferido con un poco de leche y una cucharada de azúcar. A su lado Rodrigo, que estaba muerto de sed por el calor húmedo que hacía en esa pequeña habitación, se tomó su bebida caliente de un sorbo y le sirvieron más enseguida.

Alguien encendió una fogata en el centro de la habitación, lo que a Matías le pareció una pésima idea, pues no solo hacía como cincuenta grados ahí adentro, sino que la cabaña era de madera. Rodrigo tomó una fotografía

del fuego y la anciana le pidió amablemente que le entregara la cámara, pues no debería haberlo hecho. El fotógrafo se desprendió con pesar de su objeto más preciado. Matías sintió algo de pena por él. Desde que lo conocía, solo lo había visto separarse de la cámara para bañarse o dormir y sabía que si llegaba a perderla, sería como si le hubieran robado una parte de su alma.

Algo en el fuego hizo que Matías apartara la mirada de su amigo. Una sombra muy negra tapaba la luz del fuego. Era como una silueta humana y se hacía cada vez más nítida. A pesar del calor, un escalofrío recorrió su cuerpo e hizo que su sangre se helase.

Observó que a su lado Rodrigo temblaba y lloraba sin disimular. Tenía la mirada fija en el fuego y se lo notaba consternado y con un profundo pesar.

No era el único con el rostro empapado por lágrimas y sudor. En la ronda muchos habían comenzado a llorar y algunos hablaban en voz baja con la sombra.

Era una situación bastante aterradora, pero Matías sentía curiosidad ante todo. Tenía que haber algún truco, quizás un proyector escondido en la habitación. Miró a su alrededor pero no vio nada extraño, aunque seguía mareado por el calor y la deshidratación. Tomó un poco más de té. No había notado en qué momento le habían servido más y hubiese preferido una gaseosa bien helada.

La misteriosa sombra avanzó hacia donde él estaba sentado. Era como si su rostro sin facciones se hubiese concentrado en él. Se arrastró hacia atrás, todavía sentado, con el corazón latiendo a toda velocidad en su pecho.

Luis había asegurado que no podían hacerle daño y se aferró a ese pensamiento para no salir corriendo. En algún momento Rodrigo se había dejado caer y ahora lloraba como un niño abrazando sus piernas.

El chamán aplaudió y apagaron el fuego con un balde de agua. El humo hizo que la gente comenzara a toser. La sombra ya no estaba y las personas parecieron volver en sí. Rodrigo se sentó y limpió su rostro con las palmas de sus manos. Tenía los ojos enrojecidos, pero había dejado de llorar. Matías, por su parte, se sentía completamente embotado y confundido. Quiso tomar un sorbo de té, para aclarar su mente, pero alguien había retirado todas las tazas.

Entonces lo comprendió. Seguramente habían colocado alguna especie de droga en sus bebidas y quizá también en la fogata. Seguía mareado y tenía el estómago revuelto, la sombra que había visto tenía que haber sido una alucinación causada por algún estupefaciente. Quería salir de allí

lo antes posible.

Rodrigo se le acercó y su voz resonó como un eco en su cabeza.

—¿Viste lo que yo vi? —preguntó con la voz algo ronca y la mirada ausente—. Era mi papá. Es decir, falleció de cáncer cuando yo tenía cinco años, pero estoy seguro de que era su silueta. Es triste, pero a la vez me alegra de que pueda seguir viviendo aunque sea en otro plano y que haya algo más. Mi mamá es católica, pero yo nunca creí en nada de esto hasta hoy. Es bueno saber que hay algo más y que no dejamos de existir, ¿verdad?

Matías no tuvo el valor para decirle a su amigo que pensaba que habían sido drogados y asintió con la cabeza.

Rodrigo recuperó su cámara y le enseñó disimuladamente una fotografía que se suponía que no debían haber tomado. La sombra que Matías había visto había sido capturada en la imagen aunque se veía algo difusa, pues recién comenzaba a formarse.

El fotógrafo bloqueó la pantalla de su cámara, pues Luis se dirigía hacia donde ellos estaban.

—Espero que puedan utilizar lo que vieron en el programa. Lamento que no pudiesen filmar, pero en el otro plano los entes son sensibles y no sería conveniente que ninguno de esos seres quedase atrapado dentro de una cámara.

Rodrigo empalideció pero no dijo nada.

—No hubo problemas con el depósito inicial. ¿Les parece si me pagan ahora el resto del dinero? No es sencillo abrir los portales con extraños presentes y mucho menos para que se haga público a través de un programa. Requiere mucho esfuerzo y concentración.

Luis se veía bastante ansioso por cobrar.

Matías improvisó:

—La producción se pondrá en contacto con ustedes mañana mismo y les hará llegar un cheque con el dinero acordado.

—Entiendo. Bueno, ya nos veremos, chicos. Estaré pendiente del programa para ver este episodio cuando salga —dijo mientras estrechaba sus manos como saludo de despedida.

Una vez en el auto. Rodrigo se mostró un poco paranoico. No le agradaba la idea de tener un fantasma atrapado en su cámara y estaba seguro de

que al no recibir el cheque prometido, el chamán les lanzaría una maldición. Matías intentó tranquilizar a su amigo sin obtener resultados.

Unos días después, su nota salió publicada en la revista para la que trabajaban. También se enteraron de que el estudio de filmación del programa para el que habían fingido trabajar había sido cancelado por un incendio en el canal. Rodrigo estaba convencido de que por su culpa el chamán había lanzado una maldición hacia el estudio de grabación y a pesar de que amaba su antigua cámara, la vendió por mucho menos dinero del que le había costado. Luego se compró otra que si bien tenía peor resolución, no tenía ningún fantasma atrapado allí.

Capítulo 4

Capítulo 4: El sabueso del diablo

No había luna y tampoco estrellas. Matías no recordaba cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había visto un auto en la carretera. Dentro del vehículo tan solo se oía el suave ronroneo del motor.

Rodrigo iba con las manos en el volante y con la mirada fija en el camino. Matías por su parte, estaba reclinado en su asiento e intentaba conciliar el sueño. Una densa y fantasmagórica niebla había comenzado a formarse en el asfalto y ahora los rodeaba dificultando la visibilidad.

Bajo la sugestión que le produjo el paisaje pesadillesco, la niebla se fue infiltrando poco a poco en los sueños de Matías para dar forma a un mundo onírico que parecía no tener fin. En él, el periodista era acusado de fraude, era despedido, caía sumido en la pobreza o en las garras de las criaturas que él mismo había inventado para finalmente encontrarse cara a cara con la mismísima muerte.

Un reflejo del sol del amanecer lo salvó de su tormento y lo devolvió a la vigilia. Rodrigo bostezaba exhausto después de una larga noche conduciendo a baja velocidad. Ahora, que estaban llegando a Tucumán y la niebla se marchaba, cobraban forma ante sus ojos algunos autos a la distancia.

Los cultivos de caña de azúcar algo resecos se extendían a ambos lados del camino debajo de un cielo que hubiese sido digno de ser inmortalizado en la cámara del fotógrafo. Sin embargo, un rugido ensordecedor del estómago vacío de Rodrigo le advirtió a Matías que no podían detenerse en ese momento para sacar fotos puesto que sus provisiones se les habían terminado a las pocas horas de salir de Buenos Aires y esperaban poder llegar a su destino lo más pronto posible.

Los jóvenes habían sido asignados a cubrir la apertura de un nuevo spa inaugurado por la Estancia Santa Juana. Viviana Guzardo, la jefa de redacción de la revista para la que trabajaban, les había informado que había llegado a un acuerdo con el dueño del lugar que resultaba beneficioso para ambos. La revista brindaría buena publicidad al sitio, a cambio de sustanciosos descuentos en la materia prima que utilizaban para imprimir ya que el dueño también era propietario de una papelera.

Además de las tres noches de estadía disfrutando como los primeros huéspedes del lujoso complejo y de elaborar una nota turística para realzar el esplendor del sitio, ellos se encargaban de la columna paranormal de la revista. Guzardo le había exigido a Matías que aprovechara el viaje para encontrar algo relevante sobre el tema sin

perjudicar de ninguna manera a la estancia. Incluso Matías pensó que podría hablar sobre la niebla fantasma si no conseguía algo mejor para enviarle a Viviana.

Sus noticias y las fotografías de su compañero de viaje, los había vuelto populares entre grupos de jóvenes y adolescentes apasionados con lo oculto que compraban la revista solo por ellos. Incluso el nombre Matías Álvarez había comenzado a estar en boca de algunos renombrados teóricos de las conspiraciones, famosos en las redes sociales.

Se detuvieron en una estación de servicio castigada por el tiempo para llenar el tanque del auto, despejar la mente y apaciguar un poco el hambre del fotógrafo. El lugar contaba con un pequeño y caluroso patio de comidas en donde Matías adquirió una gaseosa helada y Rodrigo un café con leche y unos sandwiches de miga para comer en el momento y compró también un salamín de campo y un queso de cabra que guardó en su mochila.

Continuaron con su viaje y llegaron a la estancia recién a media mañana. Allí los recibió el propietario del lugar, un hombre de pelo cano, quien se presentó como Ricardo Ariganelli.

El predio era asombroso por lo que Rodrigo aprovechó para tomar algunas fotografías de los caballos, del campo y de la enorme y lujosa casona que si bien conservaba el encanto de la época de la colonia, había sido adaptada para cubrir las necesidades de los huéspedes adinerados del siglo XXI.

Ariganelli los acompañó hasta su habitación. Cuando abrió la puerta, Matías se quedó boquiabierto. El lugar era sumamente lujoso y no solo en comparación a los económicos hospedajes a los que estaban acostumbrados, sino que realmente parecía la recámara de un magnate millonario.

Del techo alto y abovedado colgaba una lámpara antigua de cristal. Contaban además con un jacuzzi, una televisión que debería tener más de cincuenta pulgadas y un bar aprovisionado con costosas botellas que Matías jamás podría costear.

Lamentablemente, ante la mirada del joven el propietario le aclaró que cualquier consumición más allá de las tres comidas diarias que les habían prometido, deberían ser abonadas por ellos.

Matías no dejó que aquello lo desilusionara. Se sentía en la suite de un rey y pensaba aprovechar esos tres días para disfrutar al máximo de las comodidades que le ofrecían. En ese momento, sentía que amaba su

empleo.

No fue difícil acostumbrarse a la buena vida ofrecida por el lugar. Matías logró con facilidad escribir desde el hidromasaje una reseña que hacía honor a las comodidades allí ofrecidas. Al terminar envió su producción directamente a Buenos Aires. Cerró la tapa de la notebook que reposaba sobre un banco de madera que había llevado hasta el tocador y se dedicó a disfrutar de un relajante baño con sales aromáticas.

Se cambió allí mismo y para no interrumpir el sueño de Rodrigo cuyos ronquidos se escuchaban al otro lado de la puerta, decidió que iría a hablar con algunos peones de la estancia. Así podría averiguar información del lugar que podría servirle para su columna paranormal.

A pesar de que intentaba justificar siempre la información que volcaba con fuentes y hechos reales, lo cierto era que los tiempos de publicación lo corrían y en ocasiones se veía obligado a tergiversar un poco la realidad.

Su caminata por los amplios pasillos hasta el exterior de la estancia se vio interrumpida por la presencia de una hermosa morena de unos dieciocho años quien lo detuvo educadamente.

—Disculpe señor, ¿le gustaría recibir un masaje con aceite de jacarandá y menta?

Era la primera vez que lo llamaban señor. Lo cierto era que el título otorgado por la chica lo hacía sentirse importante, como si tuviese mucho dinero o poder.

—Claro. ¿Por qué no? Podés llamarme Matías.

—Un placer, Matías. Mi nombre es Miriam.

Su voz era pausada y melodiosa. El periodista le regaló su mejor sonrisa y le comentó que trabajaba para una revista de Buenos Aires. Evitó mencionar para cuál, para que ella no se diera cuenta de que su lugar laboral no era muy conocido. La joven parecía fascinada. Matías pensó que seguramente aspiraba conseguir algo de fama o recibir una abultada propina de su parte.

Aprovecharía la situación para preguntarle a la masajista sobre cualquier tipo de eventos paranormales que pudieran haber acontecido cerca del lugar. Era mucho mejor trabajar desde la comodidad del spa que tener que salir al calor agobiante para buscar peones dispuestos a colaborar con su columna.

Miriam lo guio hasta una sala con algunas camas de masaje y ungüentos que proporcionaban un delicioso aroma al recinto. Ella salió un momento

para que él pudiera cambiarse y colocarse un toallón en la cintura. Cuando se quitó la camisa deseó por un momento haber pasado más tiempo en el gimnasio tonificando su delgado cuerpo en lugar de haber estado tan ofuscado escribiendo sus fantásticas notas.

Cuando la joven regresó, él se recostó boca abajo y ella comenzó a masajear su espalda con un aceite refrescante. Se sentía muy bien. Podría haberse quedado dormido, pero tenía que trabajar para que sus notas salieran lo mejor posible.

—Llevo la dirección de una columna paranormal —mencionó mientras Miriam presionaba con los dedos agradablemente sus hombros y su nuca—. Quizás hayas escuchado algo de eso que está ocurriendo y puedas darme una mano.

Tal y como Matías esperaba, la muchacha mordió el anzuelo de la fama.

—Ah, ¿vos decís por la sequía? No creo que sea real.

Matías no tenía idea de qué estaba hablando la chica, pero decidió seguirle el juego.

—Sí, lo de la sequía.

—Bueno, es que siempre pensé que eran cuentos de viejas, pero si estás acá algo de cierto debe tener —dijo masajeando el lóbulo de la oreja izquierda de Matías haciéndolo estremecer.

—¿Qué dicen por acá sobre eso? —insistió—. No importa que parezca raro. Las leyendas esconden verdades.

—Está bien —aceptó proporcionando más placer a la espalda del periodista—. Mi abuela nos contaba a mis hermanos y a mí que cuando había sequía durante muchos días y las cosechas se veían amenazadas, algunos estancieros hacían un pacto con el demonio para que empiecen las lluvias. Se le ofrecía el alma del peón más rebelde a cambio de la prosperidad para todos los que trabajaban en la cañada. Si el diablo aceptaba el trato mandaba a uno de sus sabuesos o quizás venía él mismo en forma de perro negro como la muerte y devoraba al pobre hombre.

—Y ahora, hace tiempo que no llueve —comprendió Matías recordando los cultivos resecos.

—Claro. Encima, coincide con que por las noches se escuchan algunos aullidos, pero no creo que Ariganelli trate de sacrificar a nadie. ¿O sí? —dijo Miriam que parecía estar teniendo un debate interno sobre si creer

o no en los cuentos de su infancia.

—Esperemos que no, pero por si acaso. ¿Hay alguna forma de salvarse del perro?

—Siendo el diablo o algo que tiene que ver con él, seguramente una cruz o agua bendita, supongo que eso debería funcionar para espantarlo —explicó reparando en que había olvidado continuar con el masaje y se concentró en los hombros del chico.

—No tengo opción. Si la provincia está sufriendo el peligro de una amenaza real, es mi deber contárselo al mundo —Matías esperaba no estar sobreactuando demasiado—. Esta noche voy a salir a buscar al perro y sabremos si se trata de una mascota perdida o de algo mucho más siniestro.

—No vayas. Mirá si te mata —pidió.

Parecía haber comprado la historia a la que ella misma había dado forma.

Matías pensó que si ella se había sugestionado tanto, sus fieles lectores quienes estaban dispuestos a creer lo que compraban, amarían leer la próxima entrega de su columna a la que titularía: "El sabueso del diablo".

—No puede hacerme daño, no trabajo en la estancia. Mi trabajo está en Capital —dijo sin poder evitar fanfarronear.

—No sé. Por ahí solo fueron peones hasta ahora, porque no había nadie más cerca, pero entre la gente que trabaja acá y un completo extraño, yo creo que Ariganelli ofrecería tu alma. Perdón que te diga eso, pero es lo que me parece.

—No te preocupes... Podrías tener razón. Igual, esta noche voy a investigar... Esperemos que sea un perro normal.

—Esperá. Mejor te doy mi cruz. Así Dios te protege. Está bendecida por un cura de Mar del Plata que conoció al papa antes de que se vaya para Roma —dijo sacándose por la cabeza la cruz para enrollarla después, alrededor de la muñeca de Matías quien se había sentado en la camilla para que ella pudiera hacerlo.

—Gracias, linda.

Una pincelada de rubor atravesó el rostro de la joven quien se acercó y le dio a Matías un cálido beso. Quizás pensó que podría ser el último día del periodista. Él correspondió, no sin sentirse un poco culpable por haberla

asustado.

Cuando regresó a su habitación, Rodrigo ya se había despertado y estaba ansioso por ir a almorzar.

Mientras comían, el periodista con una sonrisa radiante de genuina alegría le contó a su compañero la información que tenía sobre el sabueso del diablo. Rodrigo atribuyó a esta noticia la felicidad que reflejaban los ojos de su amigo.

—Yo sé que a vos te encantan estas cosas, pero hay fuerzas con las que es mejor no jugar. Igual ya estamos metidos hasta la médula en esto. Yo sé que vamos a ir y sin mis fotos nadie te creería.

Esperaron a que salieran las primeras estrellas antes de aventurarse hacia los cultivos de azúcar. Lo cierto era que habían escuchado aullidos a lo lejos y, aunque Matías dudaba de que se tratase del diablo, lograron dar con un perro.

El can era grande, sucio y de color marrón oscuro, aunque en las hábiles fotos de Rodrigo y aprovechando la oscuridad, podría pasar tranquilamente por negro. Parecía rabioso o, por lo menos, hambriento. Se acercaron hasta donde se encontraba para inmortalizarlo en numerosas imágenes, pero el animal se sintió amenazado y le mostró los dientes a Rodrigo.

Al oler el miedo del fotógrafo, el perro ganó confianza y se dispuso a atacar. Rodrigo retrocedía tomando alguna que otra fotografía, mientras que el sabueso avanzaba hacia él.

Matías se alejó un poco, puesto que no tenía forma de salvar a su amigo. Por fortuna, el fotógrafo se movió lentamente para no alterar más al perro que le gruñía furioso, y sacó del bolsillo de su mochila el salamín regional que había comprado. Luego lo arrojó frente a las patas delanteras de la bestia.

El perro comenzó a comer y los jóvenes aprovecharon para escapar del sabueso del diablo.

A Viviana le fascinó la nota cuando se la enviaron, solo pidió que cambiaran el nombre de la estancia por el de otra lo suficientemente cercana para atraer a los turistas cautivados por lo oculto y lo suficientemente lejana como para no espantar a nadie.

Capítulo 5

Capítulo 5: La curva de la muerte

La pálida luz de la luna iluminaba la ruta. Lejos de la ciudad, podían distinguirse con claridad casi un centenar de estrellas.

Rodrigo dormía en el asiento del conductor mientras Matías conducía en una autopista rodeada de las tierras rojas de Catamarca. La batería de su nuevo teléfono celular había muerto por completo evitando que pudiera acceder al GPS. Esperaba no estar perdido, pero era demasiado orgulloso como para molestar a su compañero por algo tan insignificante como eso.

El fotógrafo tenía la cámara colgada del cuello, pues había estado tomando fotografías de las hermosas colinas del desierto algunas horas antes. Matías bostezó sin levantar las manos del volante.

El periodista estaba orgulloso de las notas que había hecho en la estancia donde se habían estado hospedando. Había demostrado tener talento, no solo para los eventos paranormales, sino también redactando artículos de interés turístico. Fantaseaba en algún momento dejar de ser cronista para la revista en la que trabajaba y conducir su propio programa de televisión.

Matías estaba tan sumido en sus pensamientos que una curva que no estaba señalizada lo tomó por sorpresa. Sintió el temblor de las ruedas al circular por la banquina e hizo una maniobra brusca para regresar el vehículo al camino.

Rodrigo se despertó sobresaltado por el movimiento y tomó una fotografía casi por instinto. Todo sucedió demasiado rápido. En la fracción de segundo que le tomó a Matías recuperar el control del vehículo, justo cuando la explosión del flash iluminó todo, entonces la vieron. Una mujer vestida de blanco que portaba la palidez propia de los espectros permanecía tranquila en la mitad de la carretera justo en la curva. Matías observó a la mujer por el espejo retrovisor y se alejó lo más rápido que pudo para tomar distancia de aquel lugar.

Si no hubiese estado tan distraído como para desviarse del camino, seguramente habrían atropellado a la mujer. Pensó por un instante que los tres podrían haber muerto, pero en el fondo sentía que aquella dama era un espectro.

—¡Gracias a Dios! La viste a tiempo y la esquivaste. Pudimos haber muerto —comentó Rodrigo una vez que dejaron la curva atrás y su pulso

se normalizó.

—Estuvo cerca. Ya había escuchado historias sobre la Dama de la Curva, la Curva de la Muerte y cosas similares. No creí que pudiera ocurrirnos a nosotros —dijo Matías manteniendo la vista al frente y aferrando el volante con fuerza.

—¿Eso no era una leyenda española? —preguntó Rodrigo que parecía confundido.

—No necesariamente —reconoció el periodista quien se había nutrido mucho con literatura paranormal durante los últimos meses—. Hay testimonios en todo el mundo. Lo que es seguro es que si no la esquivaba nos hubiese llevado al otro mundo.

—Salió en la foto, aunque un poco borrosa —comentó Rodrigo mirando las fotografías de su cámara.

—¡Buenísimo! Ya tenemos la próxima nota, entonces —dijo Matías feliz de estar vivo y de poder utilizar esa experiencia para su columna.

—Es extraño, pareciera que las criaturas paranormales nos buscan a nosotros más de lo que nosotros las buscamos.

Matías asintió con la cabeza. Su compañero tenía razón, cada vez tenían más encuentros extraños. Gracias a la columna, los muchachos habían perdido totalmente el escepticismo.

—¿Nos detenemos a comer algo en aquella parada? —El fotógrafo señaló por la ventana del coche en dirección a una vieja estación en donde había algunos camiones estacionados.

—Me parece bien, así puedo preguntarle a las personas si saben algo sobre la Curva de la Muerte.

Aparcaron entre dos camiones de ganado y entraron en la pequeña tienda. En una de las mesas de plástico del local había un grupo de camioneros conversando animadamente sobre fútbol. Detrás de un mostrador repleto de golosinas, un joven rubio con acné ojeaba con aburrimiento un libro de cómics del superhéroe del momento.

Rodrigo aclaró su garganta para captar la atención del empleado quien bostezó sin reparos dejando a la vista sus brackets.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor?

El fotógrafo alzó una ceja puesto que con veinticuatro años se consideraba demasiado joven como para recibir la etiqueta de señor. Aunque prefirió

no decir nada, puesto que el muchacho que lo atendía quizás no llegaba a la mayoría de edad.

—Dame dos paquetes de sandwiches de miga y dos cafés con leche —dijo y agregó mirando a Matías—: yo te invito. Después de todo, casi no vivimos para contarlo.

—¿Para contar qué? —preguntó el chico.

—No sé, es una expresión. Para contar cosas. —Rodrigo se encogió de hombros confundido.

—Trabajamos para un importante medio en la Ciudad de Buenos Aires —dijo Matías quien siempre estaba listo para intentar impresionar a la gente común—. Casi atropellamos a una mujer a unos tres kilómetros de acá. ¿Escuchaste hablar alguna vez sobre la Curva de la Muerte o sobre la Dama de la Curva? Si es así, podría entrevistarte y quizás tu nombre aparecería en la revista. —Matías habló lo suficientemente alto como para captar las miradas de los camioneros.

El empleado se rascó la cabeza pensativo.

—La gente dice cosas. Mi mamá inició el reclamo para que pongan un cartel o alguna señalización. ¿Van a poner una foto mía si les cuento? —dijo mientras tomaba las tazas para preparar el café con las manos temblorosas. Parecía nervioso y emocionado al mismo tiempo.

Matías miró a Rodrigo quien asintió con la cabeza y dijo:

—No habría problema. Podemos mandar algunas fotos tuyas, aunque después depende de la editora si se publican o no —explicó el fotógrafo.

—¡Genial! —dijo con tanta emoción que estuvo a punto de derramar la jarra con café y agregó orgulloso de sí mismo—: me llamo Lisandro Godoy.

Matías improvisó algunas preguntas a las que Lisandro fue respondiendo con emoción. El sueño se había disipado por completo de su rostro. Matías era consciente de que los demás clientes prestaban atención a cada palabra que decían en la entrevista, pues el rumor de la conversación se había extinguido por completo.

Rodrigo tomaba fotografías mientras el muchacho decía todo lo que Matías necesitaba para escribir un reportaje llamativo para los lectores de su columna. También hicieron aportes y aclaraciones dos de los camioneros que frecuentaban el lugar. Rodrigo les sacó fotografías a cada uno de

ellos, aunque sabía que la gran mayoría serían descartadas.

Después de casi cuarenta minutos en los que Lisandro ampliaba información sobre las múltiples anécdotas que había escuchado o que inventaba sobre la curva, el chico recordó que había olvidado servirles el café y se ofreció a invitarles la consumición. Rodrigo se apresuró a aceptar la invitación de buena gana y se sentaron a disfrutar de los productos gratis.

Una vez que terminaron de comer y estuvieron listos para irse, Lisandro les dio un efusivo apretón de manos y prometió que compraría varios ejemplares de la revista para revenderlos en el local. Los camioneros les desearon un buen viaje de regreso a Buenos Aires y los jóvenes regresaron al auto.

Cuando entraron al vehículo Matías se dio cuenta de que había olvidado las llaves dentro del local y regresó solo a buscarlas. Las encontró enseguida sobre la mesa y cuando salía del negocio se llevó por delante a un hombre vestido de gaucho que sin disculparse ingresó al local.

—Lisandro, ¿no viste a la Yolanda? Creo que se empedó de nuevo y salió pa' la ruta —dijo al hombre a toda velocidad.

Antes de marcharse Matías escuchó la respuesta del empleado, la cual decidió ignorar.

—La vieron hace como una hora acá, cerca de la curva a la que le robaron la señal.

Capítulo 6

Capítulo 6: El cuero del agua

Era la primera vez que Matías y Rodrigo iban más allá de las fronteras nacionales. Se sentían en la gloria, ahora los contactaban desde el exterior para cubrir noticias paranormales. Esta vez, su objetivo era investigar acerca del cuero del agua que según decían los de la agencia turística que los llamó había sido avistado por unos turistas mexicanos.

Arribaron en un pequeño velero al archipiélago de Chiloé. Matías se maravilló con el paisaje al que Rodrigo capturó en varias tomas. Los estrafalarios colores de las casas contrastaban con el azul del agua y del cielo y lo convertían en un lugar digno para una postal.

La dueña de la casa de turismo los estaba esperando en el muelle con una canasta de bienvenida que contenía miel y dulces artesanales. Era una señora robusta con el cabello rojo salpicado de canas que se identificó como Carla. Había leído la fascinante historia del sabueso del diablo y había quedado maravillada con el trabajo que habían hecho.

Estaba claro que quería atraer turistas, pero Matías había investigado sobre la leyenda mapuche. Había muchos testimonios de personas que decían haber divisado e incluso haber sido atacados por el cuero del agua.

Lamentablemente los mexicanos que habían manifestado recientemente haberse encontrado con el monstruo habían regresado a su país sin autorizar que pudieran darle su número de contacto a la prensa. Pero Carla les relató con lujo de detalles lo que la familia había visto. Un cuero que parecía de vaca flotando en el agua. Habían sido lo suficientemente precavidos como para alejarse de él puesto que de lo contrario no habrían vivido para contar la historia.

Eso era todo, no lo habían visto moverse en forma extraña ni atacar a ningún animal. Habían viajado miles de kilómetros por un pedazo de cuero que podía ser de vaca y no tenían forma de comunicarse con los testigos. Aquello desanimó un poco a Rodrigo, pero no así a Matías que estaba feliz de poder tomarse unos días para descansar en aquel hermoso lugar. Ya habían estado al borde de la muerte en muchas ocasiones y un lugar tranquilo en donde poder redactar algunas notas era justo lo que necesitaba. Quizás podrían comprar un pedazo de cuero, tirarlo en el agua y tomar algunas fotografías si no conseguían algo mejor.

Carla los guio por el pintoresco poblado isleño hasta una pequeña hostería en donde pasarían las próximas noches. No era un lugar lujoso, pero estaba limpio y contaba con acceso a internet para poder enviarle las

notas a Viviana Guzardo quien les exigía cada vez más información en menos tiempo y por el mismo sueldo.

Después de instalarse, descansar un poco y merendar tostadas con dulce artesanal y café, Matías y Rodrigo recorrieron algunos negocios y conversaron con turistas e isleños. Muchos conocían la antigua leyenda, pero por desgracia para los muchachos no lograban encontrar a nadie que efectivamente se hubiese topado con el cuero.

Cuando las primeras estrellas comenzaban a bañar el cielo, decidieron regresar a la hostería. Volvieron con pocas historias que contar, pero con las mochilas llenas de ropa y de objetos tecnológicos que habían conseguido a precios bajísimos y que si la suerte les sonreía no tendrían problemas para pasar por la frontera a su regreso.

Aquella noche cenaron rabas a la romana con limón en un restaurante frente al muelle. Se habían sentado junto a la ventana con la esperanza de que la criatura del agua apareciese y se dejara fotografiar. Pero si aquellos que habían vivido en la isla durante toda su vida no habían visto nada, tenían muy pocas posibilidades de conseguirlo en unos pocos días.

Como si hubiese sido la señal que necesitaba para no desanimarse por la escasez de información relevante, una chica de cabello corto y ojos grandes que había estado comiendo en una mesa próxima a la de ellos se acercó casi tímidamente.

—Perdón que los interrumpa mientras están cenando, pero los escuché conversar. ¿Son investigadores paranormales? —preguntó diciendo en voz baja la última palabra.

—Podría decirse que sí. ¿Por qué? —interrogó Matías acercando una silla para que la joven pudiese sentarse con ellos.

—Es que tengo un primo argentino, bueno más bien es el sobrino de mi padrastro que tiene una granja. El otro día me llamó y me contó que algo mató a algunos de sus animales. Es muy extraño porque desde las noticias de las señales alienígenas en los campos de trigo en la pampa argentina no había sucedido nada fuera de lo normal, pero bueno, ahora esto... Dicen que puede ser el chupacabras.

Matías comenzó a tomar notas enseguida, mientras que Rodrigo disimuló una risa nerviosa bebiendo un poco de gaseosa. Le hicieron un sin número de preguntas a la chica sobre las señales que aparecían en los campos de trigo como si algo o alguien los hubiese quemado formando dibujos misteriosos. Matías la interrogó sobre el supuesto chupacabras puesto que nunca perdía la oportunidad de recopilar información relevante para sus notas. A diferencia de las historias que la gente contaba del chupacabras, un ser a veces reptiliano y otras con forma similar a la de un can, este no

dejaba sin sangre a los animales sino que les mordía la garganta a las ovejas para matarlas.

—¿Creen que podrían ayudar a mi primo a deshacerse de la bestia que está matando a sus animales?, la policía lo toma por un demente —preguntó preocupada.

Había algo en sus ojos que le confería cierto halo de locura a la joven. Matías no lo pensó dos veces y le respondió:

—Por supuesto que lo vamos a hacer. No hay nadie más capacitado que nosotros para deshacerse de esa bestia.

Rodrigo frente a él estaba completamente rojo. Quizás se estaba atragantando con comida o quizás todo el asunto de los mensajes extraterrestres y el chupacabras resultaban demasiado ridículos para él. Fuera lo que fuese que le sucedía al regordete fotógrafo, la muchacha no pareció reparar en él y Matías llevó la entrevista con total profesionalismo.

La joven les dio el número de su primo quien les daría hospedaje cuando fueran a su estancia en La Pampa y se despidió muy agradecida de ambos. Pagó su cuenta y se marchó del lugar. Apenas se perdió de vista al otro lado de la puerta, Matías descubrió qué le sucedía a su amigo.

—¡Por Dios, pero qué chica más interesante y sexy! —exclamó Rodrigo.

—¿Ella? —dijo Matías sorprendido.

—Sí, definitivamente es mi tipo —mencionó y no parecía estar bromeando.

"Claro, si te gustan las psicópatas", pensó Matías, pero no dijo nada ya que no quería ofender a su amigo.

—Le enviaré un mensaje a Viviana así nos permite pasar por la estancia antes de regresar a Buenos Aires —dijo Rodrigo que parecía emocionado de ser de ayuda para la familia de aquella extraña joven.

—Está bien —aceptó Matías mientras seguía comiendo de su plato de rabas que ya estaban frías.

Al día siguiente, luego de recorrer varios negocios de artículos regionales y ver los precios exorbitantes del cuero de vaca, optaron por comprar un mantel de cuerina que al cortarlo irregularmente podían hacer pasar por un pedazo de cuero de vaca original y por ende por el mítico cuero del lago. Le tomaron numerosas fotografías e incluso tomaron una de Matías golpeándolo heroicamente con una rama. Fue una sesión de fotos

bastante divertida y quizás solo podría haber sido superada si apareciese la verdadera criatura, lamentablemente no fue así.

Matías y Rodrigo volvieron al continente y luego, cruzaron la frontera entre Chile y Argentina en un auto alquilado. Tardaron varias horas más de lo que esperaban, pero afortunadamente un guardia les permitió pasar con todo lo que habían comprado a cambio de un reloj inteligente y una cantidad considerable de dólares. Tardaron casi diez horas en llegar y el calor agobiante del desierto hizo parecer el recorrido aún más largo. A medida que se acercaban al punto de llegada los cadáveres de ovejas putrefactas ensombrecieron el paisaje.

—Esto es horrible —decía Rodrigo sin dejar de sacar fotografías.

El olor le revolvía el estómago a Matías y le dificultaba la tarea de poder conducir por el polvoriento camino de tierra por el que iban.

Un hombre de nariz aguileña los recibió cuando llegaron. Estaba muy contento de que finalmente alguien hubiese acudido a ayudarlo. Matías no tenía idea de cómo iban a cumplir con sus expectativas pues él no quería solo una nota, sino que esperaba soluciones inmediatas. Quería que mataran al monstruo y los trataba como si fuesen cazadores paranormales. Matías supo en ese instante que si lograban atrapar al verdadero chupacabras, no solo le darían a sus notas mayor credibilidad sino que se convertirían en auténticos héroes. Aunque quizás aquello era soñar demasiado.

La bestia solía aparecer por las noches, poco después de la caída del sol y decidieron aprovechar ese momento para atraparlo. Después de mucho meditar, optaron por poner una enorme jaula como trampa. Dentro de ella habían atado a una pobre oveja asustada. En cuanto el monstruo fuera por ella la puerta de la jaula lo atraparía. También podría resultar efectivo contra un puma, un perro o cualquier tipo de criatura salvaje que estuviese matando a las ovejas.

Matías no había creído realmente que el plan resultaría a la perfección, pero efectivamente, esa noche capturaron al mismísimo chupacabras. Era como un perro enorme y feo y estaba empapado de la sangre de la oveja que acababa de matar. Tenía los dientes afilados y los ojos enormes y bizcos. Su escaso pelaje negro estaba duro y apelmazado y en algunas partes su cuerpo estaba cubierto de escamas como de reptil. No parecía molestarle que lo fotografiaran y se mostraba contento cuando Matías lo acariciaba.

Era como un perro en el cuerpo de un monstruo y Matías simplemente no pudo deshacerse de él. Aunque a Rodrigo no le agradó demasiado la idea, el periodista le colocó una cuerda al chupacabras alrededor del cuello y decidió que lo llevaría con él a Buenos Aires, puesto que si lo dejaba allí

seguramente el dueño de la granja lo mataría y frisaría su cadáver para mostrárselo a los turistas. No, el chupacabras merecía un destino mejor que aquel. Matías se podía encargar de cuidarlo y quizás podrían recorrer juntos los medios de comunicación. No solo parecía una mascota excelente sino que tenía el potencial de convertirse en una mina de oro y la llave que lo podría catapultar hacia el estrellato.

Aunque Matías se había preocupado por cómo iba a conseguir ovejas para alimentarlo, descubrió que su dieta no estaba basada únicamente en eso y el alimento para perros pareció gustarle bastante. Era posible que cazara ovejas porque no tenía nada más que comer.

Cuando Matías y el chupacabras llegaron a su casa, la madre del periodista comenzó a gritar como nunca. La cosa era horrible y ya tenían otros tres perros aunque lo aceptaron rápidamente como parte de la manada. Los hermanos de Matías se encariñaron con el monstruoso animal enseguida y terminaron convenciendo a su madre de que un chupacabras podía ser tan buena mascota como cualquier otra. Finalmente, ella también se terminó encariñando con el monstruo, en especial después de bañarlo en el jardín, porque aunque seguía siendo feo sin la sangre era mucho menos aterrador.

—¡Es el perro más espantoso que vi en mi vida! —comentó en cierta ocasión la mujer, pero Matías y sus hermanos sabían que su mascota era el auténtico chupacabras.

Capítulo 7

Capítulo 7: El guardián de la cueva

Matías caminaba con la mirada perdida en las ramas secas de los árboles que parecían fragmentar el cielo. Tropezó con una raíz nudosa que cruzaba el sendero y de no ser por Rodrigo, el joven fotógrafo, que lo tomó de la camiseta justo a tiempo, hubiera caído sobre la tierra húmeda.

—Gracias —se limitó a decir el periodista y bebió un poco de agua de la cantimplora que llevaba colgada del cuello.

Siguieron avanzando, después de todo no podían demorarse más de un día en aquel lugar antes de partir hacia su próximo destino. Si alguna criatura paranormal habitaba en el bosque, sin dudas se manifestaría ante ellos. Habían recorrido gran parte de la Argentina y Matías siempre conseguía, por lo menos, redactar alguna pequeña nota que enviaba a la revista acompañada de las fotografías de su amigo.

—¿Escuchaste eso? —preguntó Rodrigo, al tiempo que llevaba las manos a su cámara de fotos.

Matías negó con la cabeza y agudizó el oído.

—¡Exacto! Ya no se escucha nada. Debemos estar cerca —explicó el regordete fotógrafo.

El periodista comprendió enseguida lo que su amigo quería decir. No entendía cómo no se había dado cuenta antes. Parecía que todos los sonidos típicos de la naturaleza hubieran desaparecido de golpe. Las aves ya no cantaban, el sonido del arroyo que los había acompañado gran parte del camino había desaparecido e incluso, los insectos habían optado por dejar de perseguirlos.

—¡Por ahí, detrás de los arbustos! —exclamó Matías y la insinuación de una sonrisa le curvó la comisura del labio.

No era más que una cueva en la ladera de la montaña, pero el silencio que se extendía a su alrededor y la forma en la que la vegetación se cerraba sobre la entrada, evitando el paso de los rayos del sol, le conferían un halo de misticismo. Los lugareños a los que había entrevistado en el pueblo se referían a ella como la "cueva de las brujas" y le atribuían una gran cantidad de propiedades mágicas.

Una enredadera con espinas protegía la entrada y Matías se hizo daño cuando apartó las ramas para ingresar por la abertura en la roca. Se llevó

el pulgar lastimado a los labios y sintió el sabor a óxido de su sangre.

El flash de la cámara, que no dejaba de capturar imágenes, ahuyentaba las sombras de la pequeña cueva. Parecía poco probable que hubiera brujas viviendo allí, pero los restos semicomidos de una rata en descomposición delataban que podía tratarse de la madriguera de algún animal, probablemente de un puma.

—Quiero filmar un poco. Quizás luego pueda recortar alguna imagen del video —dijo Rodrigo.

Conteniendo la respiración, el periodista encendió la linterna de su celular y recorrió con la mirada el hediondo habitáculo. Ya tenían las imágenes y no era prudente seguir en aquel sitio cuando regresara lo que fuera que viviera allí.

Antes de emprender el viaje de regreso, escucharon un sonido que cortó el silencio del bosque durante una fracción de segundo. Parecía un grito muy agudo o tal vez un angustioso silbido y, cuando cesó, el canto de los pájaros se reanudó.

Los jóvenes se miraron e hicieron una especie de acuerdo tácito para salir de ese lugar lo más rápido posible y comenzaron a correr. Estaban seguros de que aquel sonido no lo había realizado un animal y solo se sintieron seguros una vez que abandonaron los límites del bosque y llegaron a la ruta. Cuando entraron al auto ambos estaban sudados y jadeando.

—¿Qué habrá sido eso? —preguntó Matías, aunque sabía que su amigo no tenía la respuesta.

—No sé, pero quizás aparezca en la filmación —aventuró con la mirada fija en la pequeña pantalla de su cámara.

Matías se acercó un poco para poder ver el video. Al principio, no se apreciaba ninguna imagen extraña, pero su corazón pareció detenerse cuando los parlantes reprodujeron con un tinte metálico el silbido del ser que los había estado acechando.

—¡Eso parece la sombra de alguien o de algo! —exclamó Matías, sobresaltando a Rodrigo que pausó el video.

—¡Es verdad!, aunque, pensándolo bien... podría ser mi propia sombra —dijo el fotógrafo.

Las siguientes imágenes eran borrosas y solo permitían apreciar las

piernas de Rodrigo corriendo por el terreno irregular.

Una vez que llegaron al humilde hotel en el que pasarían la noche, Matías realizó algunas búsquedas desde su computadora portátil conectada a su celular que le brindaba internet. Necesitaba más información sobre la criatura del bosque, pero la idea de regresar a la cueva de las brujas le erizaba la piel.

Estuvo a punto de compartir con Rodrigo el resultado que había encontrado en línea, pero se detuvo al ver que su compañero se había quedado dormido sobre la cama que aún se encontraba tendida. El muchacho roncaba abrazado a su cámara y había olvidado quitarse los zapatos.

Procuró no hacer ruido para no despertar a su compañero. Era tarde, pero Matías sabía que era mejor redactar las noticias cuando todavía estaban frescas en su memoria. Mientras escribía se regodeaba imaginando las felicitaciones que Viviana, la jefa de redacción, les daría y esperaba que su nota titulada "El guardián de la cueva de las brujas", ameritara cuanto menos una mención en los blogs de sus seguidores.

Unos cuantos blogs especializados se habían hecho eco de sus noticias y lo llamaban el "Periodista paranormal". Hubiera preferido que lo recordaran por su verdadero nombre, pero tampoco despreciaría el alias que sus fans le habían otorgado.

Matías bostezó y se prometió que escribiría, por lo menos, unas pocas líneas más antes de irse a la cama. Después de todo, la revista no había exactamente autorizado esa pequeña escala. Los habían enviado como corresponsales a cubrir un evento público en la provincia vecina. Partirían al alba y los esperaba un largo viaje. El presidente había prometido apadrinar al séptimo hijo varón de una familia de granjeros. Tenían que llegar antes que el jefe de Estado y quizás, si tenían un poco de suerte, podrían conseguir una primicia con un auténtico lobizón.

Capítulo 8

Capítulo 8: El mar sin tiempo

Matías se sumergió justo antes de que la ola rompiera en un estallido de espuma blanca. El agua lo apartó del mundo durante algunos instantes, aunque aún podía escuchar los gritos de los niños en la arena atenuados por el murmullo del mar. Al levantarse, buscó a Rodrigo con la mirada que vestido con la ropa del viaje y la cámara de fotos colgada del cuello, se embadurnaba los brazos con protector solar.

Si bien el agua estaba estupenda, Matías se obligó a correr hacia la orilla en donde lo esperaba su compañero impaciente. La mirada de Rodrigo hizo que se le encogiera el estómago. No era necesario que le recordara que no estaban allí de vacaciones, pero resultaba sencillo confundirse ya que el paisaje volcánico era casi onírico y las playas de arenas negras con su acantilado contrastaba con los cultivos de vid, almendras e higueras que habían recorrido ese mismo día. Tanta belleza hacía difícil que el joven periodista pudiera centrarse en encontrar algo extraño o fuera de lugar para su columna de sucesos paranormales.

Mientras Rodrigo inmortalizaba con su cámara el vuelo de unas gaviotas sobre el acantilado, Matías se quedó allí, observando las olas que se marchaban dejando en la orilla dibujos de sal. Aguardó allí a que el sol secara las gotas de agua de sus brazos y las transformara en piel de gallina.

Los niños se habían marchado y apenas quedaban algunas personas en la playa. Por un instante no se escuchó ninguna otra música que la del viento deslizándose por el mar y el de las olas rompiendo en la orilla. Sin embargo, una voz dulce como la caricia de una pluma hizo que los dos amigos llevaran su mirada hacia una delgada joven de cabello dorado y piel cetrina que los miraba con sus enormes ojos de gacela.

—¿Les gustaría comprar peras? —repitió dos veces y al ver que ninguno contestaba lo hizo una tercera vez.

—Sí... Sí, por supuesto. Las necesitamos —tartamudeó Rodrigo sacando su billetera.

Matías alzó una ceja con incredulidad, pues dudaba que necesitaran comprar frutas. Sin embargo, no pudo evitar que el calor subiera a sus mejillas cuando la vendedora le regaló una sonrisa que provocó que se le formasen hoyuelos en el rostro. Se obligó a apartar la mirada de ella y del vestido blanco que se transparentaba con el sol. Ya no quedaba ni rastro del frío que había sentido al salir del agua y se avergonzó de sí mismo por permitir que aquella mujer se aprovechara de lo débiles que pueden llegar

a ser los hombres cuando se topan con un rostro... o un cuerpo bonito.

—¡Gracias! —dijo ella al tiempo que aceptaba el dinero y tomaba una enorme y amarilla pera del canasto que llevaba colgado del brazo para depositarla en las temblorosas manos extendidas de Rodrigo.

—Y esta es para vos —agregó eligiendo una fruta especialmente apetitosa por la que Matías se vio obligado a pagar.

Antes de que el periodista pudiera formular palabra alguna, la vendedora dio media vuelta y se alejó playa arriba en dirección a un pequeño grupo de turistas.

Matías rasgó con los dientes la piel delgada de la pera y la pulpa dulce y jugosa le recordó lo hambriento que estaba. Un mordisco siguió a otro y cuando solo quedaba el corazón lo arrojó contra una ola. Su compañero imitó este movimiento y se ganó una mirada de desaprobación de una pareja que caminaba por allí.

Cuando ya no pudo distinguir la presencia de la vendedora, Matías sintió como si el mar se hubiera estado inclinando ante ella. Sin que estuviese allí para contenerlo, el frío del agua los alcanzó y los obligó a retroceder. La marea subió y rodeó un castillo hasta devolverlo a la arena.

Se habían demorado en la playa más de lo que hubieran deseado y decidieron que era momento de conversar con algunas personas locales para ver si podían utilizar alguna de sus vivencias para escribir la nota que habían ido a buscar.

Las historias solían encontrar a Matías o quizás era él quien las iba tejiendo con las palabras que recogía de sus viajes a las que decoraba de forma sutil con un poco de imaginación. Aquello era lo bello de ser periodista, lo hermoso de ser escritor. La diferencia con la fantasía es que cuando la realidad sale de lo común, atrapa y fascina a las personas de forma casi peligrosa. Él no podía controlar el mundo que lo rodeaba, pero no subestimaba el poder de las palabras que podían significar lo que él quisiera o necesitase.

Antes de la puesta del sol, Matías ya había conversado con media docena de personas, mientras que Rodrigo había capturado en fotografías tanto la cultura local como el excéntrico paisaje. No les sorprendió enterarse de que el lugar contaba con numerosas leyendas locales que iban desde hadas a avistamientos de islas que no existen, fantasmas y demonios.

Durante la cena, Matías y Rodrigo decidieron que la historia de un monje de la antigüedad que se había hecho rico por descubrir un árbol de manzanas de oro, era digna de ser mencionada en las páginas de la revista. Por otro lado, podrían incluir la historia de la niña que desapareció

y como si cayera por una grieta en el tiempo regresó cuarenta años después sin presentar signos de envejecimiento. Incluso, Matías consideró que podrían, a través de la revista, convocar a la protagonista para que si los llegaba a leer accediera a darles una entrevista exclusiva.

Esa noche antes de dormir, Matías ya había guardado varios borradores que podrían convertirse en artículos más que interesantes. Se acostó antes de la medianoche y apenas le costó conciliar el sueño.

El barco que se suponía que debían abordar abandonó el puerto muy temprano por la mañana. Sin embargo, ellos tuvieron que limitarse a observar cómo este se alejaba, ya que no los habían dejado abordar.

—¿Cómo te pudiste confundir de fecha al comprar los boletos? —refunfuñó Rodrigo negando con la cabeza.

—¡No seas tonto! ¿No es obvio lo que ocurrió? —replicó Matías intentando parecer confiado.

Rodrigo lo miró confundido, pero no respondió.

—Todo el mundo sabe que la comida de las hadas provoca distorsiones en el espacio y en el tiempo. No sería la primera vez que se divierten en este lugar —dijo Matías haciendo un gran esfuerzo por mantener la compostura y no comenzar a reírse de su disparatada ocurrencia.

—¿Creés que la chica de la playa...? —preguntó Rodrigo dejando inconclusa su frase al ver que su amigo asentía frenéticamente con la cabeza.

—Es lo más probable.

—¿Por qué un hada nos jugaría una broma así?

—Solo puedo especular, pero por la forma en la que te miraba yo creo que le gustaste. Es posible que haya querido que te quedaras un día más para que la encuentres y tengan la oportunidad de conocerse —respondió Matías con la esperanza de que su amigo no le reclamara la noche extra de hospedaje y el precio de los boletos que había tenido que comprar para poder partir al día siguiente.

—¡Tenés razón! Espero poder encontrarla esta tarde en la playa. ¿Te molesta si voy solo? —agregó Rodrigo con un brillo en la mirada que hacía tiempo que su compañero no veía.

—Para nada —dijo contento Matías que podría aprovechar el día para

escribir su historia.

Capítulo 9

Capítulo 9: La bruja de Macachín

La abuela de Rodrigo vivía desde hacía muchos años en un tranquilo pueblo llamado Macachín y el muchacho había convencido a Matías de que hicieran un no muy pequeño desvío para pasar a visitarla.

—No podemos quedarnos demasiado tiempo. Si no entregamos las notas y las fotografías antes del domingo, seguro que nos despiden —advirtió Matías.

—No va a ser más que un día. Te lo prometo. Además, si tenemos suerte podremos encontrar alguna nota interesante —prometió Rodrigo con un brillo inusual en la mirada.

—¿Vos decís?

—No voy a su casa desde que era chico, pero recuerdo que había muchas construcciones antiguas. Hay un castillo en ruinas y todo castillo antiguo que se precie tiene por lo menos uno o dos fantasmas. Seguro que vas a poder escribir algo interesante para la columna.

Matías esperaba que su compañero tuviera razón. Comprendía que extrañaba a su abuela, después de tantos años sin verla, pero no le hacía ninguna gracia poner en peligro el trabajo que tanto le había costado conseguir.

El viaje resultó más largo de lo que Matías hubiera deseado y sonrió al ver como las primeras construcciones de color ladrillo tomaban forma a la distancia. Pocos minutos después, comenzaron a recorrer el pueblo en auto. Rodeada de casas bajas con techos de tejas se extendía una plaza de amplias proporciones con un monumento en el centro frente a la que Rodrigo condujo unas cinco veces hasta que Matías comprendió que estaban perdidos.

—Ya pasamos por este lugar —dijo el periodista que cansado del viaje quería bajarse del auto cuanto antes y estirar un poco las piernas.

—Es que estoy intentando recordar en dónde vive mi abuela.

—Llamala por teléfono.

—No, es que ella no tiene ni teléfono ni televisión. Dice que esas cosas solo traen malas noticias.

—O noticias en general —agregó Matías en tono de burla.

—Pensé que al pasar por la casa la reconocería enseguida, pero ahora que estamos aquí todas me parecen bastante parecidas.

—Es un pueblo pequeño, puede que alguien la conozca.

—¡Buena idea! Le voy a preguntar a ese cura —dijo Rodrigo señalando a un hombre con sotana que caminaba por la calle.

—¡Disculpe, padre! ¿Podría acercarse un momento? —llamó Matías asomándose por la ventana del auto cuando Rodrigo se detuvo.

El hombre se acercó y preguntó:

—¿En qué puedo ayudarlos, muchachos?

—¿Conoce a la señora María Lorena Sánchez de Venegas y Peón? —inquirió Rodrigo.

El párroco abrió mucho los ojos y Matías notó como el miedo desdibujaba sus facciones. Acto seguido, hizo la señal de la cruz y se alejó lo más rápido que pudo, pero sin llegar a correr.

—¿Se habrá ofendido por algo? Tal vez no la conoce o quizás haya muchas personas con el mismo nombre —aventuró Rodrigo.

—Dudo que haya más de una persona con ese nombre en Macachín... o en el mundo. Mejor preguntémosle a alguien más —agregó Matías.

Siguieron dando vueltas por el pueblo hasta que se toparon con una mujer que reconoció el nombre de la abuela del fotógrafo.

—¡Claro que sé quién es! ¿Quién no la conocería en este pueblo? Va a ser mejor que se marchen. Es sabido que a la bruja no le gusta que la molesten los extraños —aconsejó.

—¿Cómo que bruja? ¡Está hablando de mi abuela! —exclamó Rodrigo frunciendo el ceño.

—¡Perdón! Yo no quería... Siempre que pasa por mi almacén le consigo todo lo que necesita para sus pócimas o lo que sea... Nunca le hago preguntas. Por favor, no le digan que hablé de ella —rogó la mujer con la frente perlada de sudor.

En cuanto Rodrigo le dijo que no tenía motivos por los que preocuparse,

salió corriendo.

—Uh, no le preguntamos si conocía la dirección. Quizás alguno de esos chicos sepa dónde vive tu abuela.

Rodrigo estacionó cerca de cuatro niños que jugaban fútbol con un pedazo de pan viejo y sacando la cabeza por la ventanilla del auto les preguntó si conocían la dirección de María Lorena Sánchez de Venegas y Peón.

—¿Quieren ir a la casa de la bruja? —preguntó un chico que arrastraba las erres.

Matías se apresuró a responder antes de que su amigo dijera algo que pudiera asustar al niño.

—Sí. ¿Sabés dónde queda?

—Sí, pero tengan cuidado. Una vez, mi gata se subió a su techo y nunca más la volví a ver —dijo muy serio.

—No te preocupes. Siempre nos enfrentamos a cosas peores —insistió Matías y Rodrigo le lanzó una mirada de advertencia.

—Es aquella —dijo el chico y señaló una pequeña casa de ladrillos al otro lado de la calle.

Le agradecieron y avanzaron unos metros hasta estacionarse frente a la vivienda. Bajaron del auto y se dirigieron hasta la puerta. Rodrigo golpeó y una voz respondió del otro lado:

—¡Váyanse y dejen de molestar!

Matías estuvo a punto de dar la vuelta, pero Rodrigo insistió:

—¡Abuelita, soy Rodrigo! Viajamos muchísimos kilómetros para venir a verte. Quiero presentarte a un amigo.

La puerta se abrió y apareció una anciana muy pequeña y encorvada que con una sonrisa afable en el rostro los invitó a entrar.

—¡Rodrigo, querido! ¡Estás tan alto! ¿Cuántos años tenés ya? ¿Quince?

—No, abuelita ya tengo veinticuatro. Te presento a Matías. Es periodista en la revista en donde entré a trabajar como fotógrafo. ¿Te acordás de lo que te conté en las últimas cartas que te escribí?

—¡Claro que sí, mi niño! No suelo tener visitas, siéntense en el sofá y déjenme que les prepare un té —pidió la anciana con sus pequeños ojos

brillando de alegría detrás de unos anteojos con forma de medialuna.

Los jóvenes se sentaron en un sofá con un estampado de flores amarillas y esperaron en silencio a que la mujer regresara con el té y unas galletas. Aunque Matías hubiera deseado salir corriendo de allí lo más rápido posible, la mujer parecía contenta de reencontrarse con su nieto.

—¿Puedo preguntarte por qué todos en el pueblo creen que sos una bruja?

—Después de que participé en el robo de ese banco, pensé que me llevarían presa. Lo bueno de esconderse en los pueblos supersticiosos es que es más fácil pasar desapercibida. Cuando alguien corrió el rumor de que era una bruja, yo me encargué de alimentarlo para que siguieran pensando que así era. Cuando la gente piensa que conoce tu más profundo secreto, deja de indagar en lo que de verdad tenés miedo de que descubran. Aunque eso no importa, ustedes pueden hacerme una entrevista como si fuera una bruja real y todos saldremos ganando —explicó y le guiñó un ojo a Matías.

Capítulo 10

Capítulo 10: La cueva de las manos

Aquella tarde Matías y Rodrigo emprendieron un viaje, que sin saberlo, cambiaría sus vidas para siempre. Los jóvenes avanzaron despacio por una pasarela que los guiaría hasta lo que en ese momento pensaron que eran los primeros vestigios de humanidad de todo el continente americano.

Si bien Matías había investigado bastante sobre aquel sitio antes de ir, fue un gran impacto ver con sus propios ojos las manos que parecían calcadas con angustia en la pared de piedra de la cueva. Una sensación extraña lo invadió, como si las manos no fueran la única huella de los seres del pasado que habían habitado ese lugar. Se preguntó si solo sería sugestión o si realmente habría fragmentos de almas en aquel fascinante y perturbador arte rupestre.

—¡No solo hay manos! También hay guanacos, armas y... ¿eso será el sol o un espiral? —preguntó Rodrigo emocionado, mientras tomaba más fotografías de las que Matías era capaz de contar.

El periodista no respondió. Había leído en internet que algunas de las manos tenían seis dedos. Era su deber encontrarlas y lo hizo.

—Sacá algunas fotos por acá —exigió Matias.

Rodrigo hizo lo que su amigo le pedía. Tenían que aprovechar que a esa hora y fuera de temporada no había nadie cuidando el lugar. Matías sabía que si los veían, iban a ser regañados no solo por haber entrado sin pagar entrada, sino también por tomar fotos con flash dentro de la cueva portadora de pinturas con más de diez mil años de antigüedad.

Matías acercó la luz de la linterna de su celular para inspeccionar de cerca las imágenes. La paleta de colores iba desde el rojo, ocre y amarillo hasta el blanco y el negro. Se preguntó cómo habrían resistido el paso del tiempo y solo por un momento se sintió insignificante. Como si su vida no

fuera más que un parpadeo de un dios en los confines del universo.

—¿Habría personas con seis dedos? —preguntó Rodrigo sacando a Matías de sus pensamientos.

—Es posible, existen personas con seis dedos por todo el mundo. Incluso, hay una familia entera en Brasil en la que todos sus miembros tienen un dedo extra en cada mano y en cada pie. Aunque las teorías más populares apuntan a que todo está relacionado con extraterrestres. Algunos fanáticos de las conspiraciones lo relacionan incluso con las imágenes de la Capilla Sixtina en la que identifican a las personas con seis dedos con...

—¡Mirá esta mano tiene solo tres! O quizás sea un pie —interrumpió Rodrigo.

—Puede ser una pata de ñandú —sugirió Matías.

El fotógrafo se mostró algo escéptico ante la posible explicación y agregó:

—Si había personas con seis, lo más probable es que también hubiera personas que tuvieran solo tres. Mi abuela decía que una característica típica de los gigantes es que tienen un dedo extra.

—¿La bruja conoció algún gigante?

—¡No seas ridículo! Ya te dije que mi abuela no es ninguna bruja. Ni siquiera creo que haya participado en el robo de un banco. Solo le gusta inventar historias.

—Entonces, si le gusta inventar cosas, ¿qué te hace pensar que puede ser verdad lo de los gigantes?

—Ah, eso. Creo que lo dice la Biblia en alguna parte —explicó Rodrigo.

—Muy bien, pero no hay demasiada diferencia en el tamaño de las manos, así que a menos que hubieran atrapado a una cría de gigante, yo descartaría que fueran sus huellas —dijo Matías, para zanjar el asunto.

Los jóvenes salieron de la cueva con más preguntas que respuestas, pero también con una considerable cantidad de fotografías y de posibles historias que escribir. Tanto gigantes como extraterrestres, o incluso, seres divinos parecían explicaciones que los lectores de la columna de sucesos paranormales que llevaba, estarían encantados de aceptar.

Mientras bajaba por las escalinatas del sendero de madera, Matías iba alumbrando el camino con la luz de la linterna de su teléfono móvil. Cualquier paso en falso podría costarle la vida o, por lo menos, podría conducirlo hacia una dolorosa caída. Sin embargo, un resplandor que se

mantuvo en el tiempo lo obligó a mirar hacia el cielo.

No podía dar crédito a lo que veía. Estaba estupefacto. Tanto que ni siquiera podía darse el lujo de sentir miedo.

—Lo estoy filmando. ¡Rápido! ¡Decí algo antes de que se vaya! —gritó Rodrigo.

—¿Qué? ¿Qué puedo decir?

—¡Cualquier cosa! ¡Estoy transmitiendo en vivo para una plataforma de videos en línea!

—Señoras y señores, fieles buscadores de la verdad... No puedo dar crédito de lo que ven mis ojos, pero ahora ustedes también lo están viendo. Era absurdo pensar que estábamos solos en el universo y hoy estamos, frente a frente, ante la prueba que siempre estuvimos esperando —dijo Matías improvisando lo mejor que pudo.

—¡Increíble! Hay más de setenta personas conectadas y van subiendo —susurró Rodrigo.

Aún más increíble que la cantidad de espectadores que tenían, era el objeto volador que se hacía cada vez más grande en el cielo nocturno. Matías pensó que era un plato volador tan estereotípico que si él lo viera en video pensaría sin dudarlo que se trataba de un montaje. Era enorme, cilíndrico y tenía espirales que brillaban como el sol. No podía evitar que le recordara a una de las representaciones de la Cueva de las Manos. En ese momento, una disparatada idea cruzó por la mente del periodista y decidió compartirla con el mundo:

—Hace diez mil años, vinieron a la tierra a compartir su sabiduría con nosotros. Hoy, tanto tiempo después, regresaron para ver los avances que hicimos.

El ovni se quedó fijo en el aire y surgió de su centro un rayo de luz. Matías observó cómo un trozo retorcido de metal oxidado ascendía con suavidad hasta desaparecer en el interior del disco.

—¡Ya casi hay quinientos usuarios conectados! ¡Una suscriptora me dijo que nos están compartiendo en varios canales!

Matías tragó saliva y continuó:

—Soy Matías Álvarez, periodista paranormal, transmitiendo por primera vez para el mundo un encuentro real del tercer tipo.

—Voy a cambiarle el nombre al canal por periodista paranormal. Si sobrevivimos a esta experiencia vamos a ser ricos —dijo Rodrigo apenas con un hilo de voz.

El objeto volador apagó su rayo de luz y se movió apenas unos metros para repetir la experiencia y, esta vez, abducir un triciclo abandonado.

—Están recolectando muestras de nuestra civilización.

Matías se percató de que no eran las únicas personas allí presentes. Algunos senderistas observaban la escena desde una distancia prudente.

La transmisión no duró más de algunos minutos, el mismo tiempo que el ovni permaneció en el cielo antes de volar a toda velocidad y perderse en la vía láctea.

Si bien el número final de personas que vieron el video en directo fue mil trescientos cincuenta y siete, una vez en el hotel, Rodrigo subió el video a la cuenta que ahora se llamaba: "Periodista paranormal" y en pocas horas había alcanzado los millones de visitas. Los suscriptores no paraban de aumentar y el público exigía que hicieran más videos.

Eso no era todo, otros canales de la plataforma de videos y distintos medios de comunicación se estaban encargando de que la noticia se hiciera viral. Además tanto a Matías como a Rodrigo les llovían solicitudes de amistad y propuestas para hacerles entrevistas y realizar colaboraciones con ellos. El periodista no podía creer la cantidad de dinero que le ofrecían algunos canales solo por tener la primicia de una entrevista con él.

En ese momento pensó que quizás el mundo podría acabar mañana, y quizás así fuera, pero en ese momento no importaba, porque, al menos, había logrado cumplir su sueño. Por fin, se había convertido en un periodista famoso a nivel mundial o, quién sabe si no, en un periodista reconocido de manera universal.